



# ANA MORALES

**SIN PERMISO**

**Canciones para el silencio**

**ESTRENO 28 SEPT. 2018**

**DOSSIER DE PRENSA**

## In Seville, a Flamenco Festival With Folk Roots and Some Forward Thinking

Image



Oct. 2, 2018



The dancer Ana Morales displayed gorgeous arching-back fluidity and rapid-fire footwork in a performance at the Bienal de Flamenco in Seville, Spain. Credit Oscar Romero

- SEVILLE, Spain — Displays of ornately decorated fans filled the shop windows; there were porcelain flamenco dancers in their traditional, flouncy dresses, too. In front of the cathedral, two dancers also wearing the long-trained “bata de cola” were performing to tinny recorded music for tourists. Throughout the cobbled streets of the old town, people were handing out fliers. “Real flamenco here!” they said, pointing to a hole-in-the-wall entrance. “Come tonight!”

This is Seville, a city that is flamenco mad at any time — and never more so than every other September, when the city hosts the [Bienal de Flamenco](#), the oldest festival in Spain dedicated to the dance and music form. This year’s edition, the 20th, ended on Sunday with a lavish outdoor concert [by the pianist Dorantes at the harbor](#), after a monthlong program that featured 60 shows and drew audiences of around 42,000, according to organizers.

The first biennale in 1980 came as a direct reaction to the Franco dictatorship, the festival's director, Antonio Zoido, said. "Flamenco was one of the things the dictator kidnapped," Mr. Zoido said in an interview on Sunday. "Creating the Bienal, opening flamenco to all again, was maybe the first movement the city made as a democratic gesture."

Flamenco has changed enormously since 1980. But it has always been an evolving art form, from its Gypsy roots, through its popularity in cafes and music halls, to the sudden glamour it acquired in Paris in 1919, when Diaghilev's Ballets Russes staged the [flamenco-inspired "Le Tricorne."](#) But during the Franco era, Mr. Zoido said, flamenco retreated from the world stage, becoming "mostly folkloric" and local again.

Festivals like the Bienal have changed that by bringing together artists from all over Spain, with different traditions and ideas. Other dance forms — ballet, contemporary dance, tap — [have infiltrated](#). A public with a huge appetite for flamenco has been born; there are now regular flamenco festivals in London, Los Angeles, New York, Paris, San Francisco and Tokyo. (The Japanese, Mr. Zoido said, are particularly passionate about the form.)

The internationalism was evident during the three final days of the Seville festival, which offered five shows that were a big departure from the campfire-and-smoke idea of flamenco. There were plenty of traditional artists performing during the festival, among them [Farruquito](#), María Terremoto and the guitarist Tomatito. But even though several of the performances featured some traditional dress, sequential dance numbers, and accompaniment by guitarists and cantaores (the soulful singers who are stars in their own right), they diverged in notable ways from conventionally austere flamenco recitals.

**In "Sin Permiso (Canciones Para el Silencio)," or "Without Permission (Songs for Silence)," the dancer Ana Morales displayed gorgeous arching-back fluidity and the rapid-fire footwork known as zapateado, in which the percussive rhythms of the feet mingled and accented the sounds created by the three onstage musicians, who clapped and sang in traditional fashion as she danced alone and with José Manuel Álvarez.**

**But electronic music played too, and not long into the show, Ms. Morales discarded her salmon-colored bata de cola and walked around moodily in a bodystocking, before donning Mr. Álvarez's jacket and trousers. Was it a statement about the role of women in flamenco? (Later, she gave the garments back and dressed in a splendid cream gown.)**

## “Sin permiso. Canciones para el silencio”: La cumbre de Ana Morales

Teresa Fernandez Herrera 30/09/2018

“Sin permiso. Canciones para el silencio” es la culminación de un proyecto a desarrollar en cinco residencias y año y medio de trabajo por **Ana Morales** que al final se han quedado en tres: London Flamenco Festival, Jerez de la Frontera Festival Flamenco 2018 y su desenlace en esta XX Bienal de Flamenco de Sevilla, como ya anunció en Jerez el pasado 28 de febrero.



Ana Morales © Óscar Romero

28 de febrero de 2018 en Jerez, “Sin permiso. Réquiem” y ahora, 28 de septiembre, exactamente siete meses más tarde, “Sin permiso. Canciones para el silencio”, el final – por ahora- de una historia personal con espina clavada en el alma, con protagonismo de los silencios paternos que necesitaban fluir al exterior. Arte y terapia combinados exquisitamente, con un padre que regresa al presente en la figura muy protagonista y conmovedora del cantaor Juan José Amador.

Los proyectos personales de esta extraordinaria bailaora, que parece el mismísimo espíritu de la danza, siempre han tenido una exquisita profundidad, siempre algo que empieza a manifestarse en su entraña más recóndita y desde ahí fluye a través de un cuerpo hecho para la danza. Así sucedió en “De sandalia a tacón” de 2010, estrenado en el Festival de Jerez, en “ReciclARTE” de 2012 y en “Una mirada lenta” de 2016.



Ana Morales ha hecho camino al andar o al bailar. Barcelonesa, hija de sevillano y melillense, es fruto de una historia de migración de andaluces que se reencontraron en la afición al flamenco en tierra extraña formando peñas. Ana Morales no viene de una familia de artistas, pero sí de una familia que en su devoción por el flamenco reencontraba la tierra perdida. Empezó a bailar cuando levantaba dos palmos del suelo, sin saber porqué entonces, el baile siempre surgió de ella de manera natural. Tuvo todo el apoyo familiar para ingresar a los once años en el Conservatorio de Barcelona, donde se formó en danza clásica y flamenca. A los dieciséis se vino a Sevilla con una beca para tres años en la entonces Compañía Andaluza de danza, hoy Ballet Flamenco de Andalucía. Ha bailado con todos los grandes, Antonio el Pipa, Andrés Marín, Javier Barón... Ha hecho camino bailando hasta llegar a lo que vimos ayer en el Lope de Vega sevillano.

A Ana Morales no le han hecho falta muchos mimbres en escena para crear una obra maestra absoluta. Un compañero director, **Guillermo Weickert**; un bailar y coreógrafo extraordinario, José Manuel Álvarez; un cantaor, **Juan José Amador**, un guitarrista, **Antonio Suárez**, *Canito* y **Daniel Suárez** a cargo de la batería y música electrónica.



Ana Morales © Óscar Romero

Y Ana Morales.

El primer gran cambio con respecto a Jerez, en “Máscara y soleá” es que la máscara sigue escondiendo el rostro, por menos tiempo, pero el negro de luto ha sido sustituido por la desnudez aparente, -una fina malla color piel se ajusta a su cuerpo como una segunda piel- en una desnudez liberadora de emociones ancladas en el inconsciente, sin permiso de nadie, ni siquiera el propio.

Ana Morales va viviendo a través de su danza lenta que sugiere tantas cosas, -esto también depende de cada espectador, de cómo se identifique con lo que sucede en escena ante sus ojos, relacionado con sus propias vivencias personales- profundidad, fragilidad, vulnerabilidad, procesos de crecimiento interior, indagación sobre los silencios paternos,

indagación sobre cómo ellos afectaron a sus relaciones con los hombres, indagación sobre su lado masculino y valentía, coraje. No es fácil poner ante el público la intimidad de su vida, sus grietas y sus deseos, sus dudas y vacilaciones, sin palabras, todo ello hecho arte, creatividad expresiva, danza en suma. Nos cuenta su vida y lo que espera de ella más allá de este momento y además de disfrutarlo hay que agradecerse.

El encuentro en un dúo acompasado con su oponente, su espejo de referencia emocional José Manuel Álvarez, su lento proceso de conocimiento, el cortejo, la entrega, la rebeldía, la separación, la muerte aparente...son dos en uno, unidos en una danza que no cuenta la historia de él, sino la de ella, con una belleza sin igual. Y entonces, la voz grave y profunda de Juan José Amador, como surgiendo del más allá, del sueño onírico del padre que se presenta ante ella por medio de una impresionante *serrana* es algo tan hermoso como indescriptible por medio de la palabra. Fascinante a través del cuerpo-danza de Ana Morales, vestida ahora con una leve túnica del color de su piel y de la voz paterna encarnada en el cantaor.

Unas bulerías para el recuerdo, sevillanas y rumbas que enlazan con recuerdos infantiles de iniciación a la danza. El juego de pelota con algo enrollado con forma de pelota de rugby, que al desplegarse resulta ser una falda de lunares que viste su adolescencia de días y danzas felices y que al final se quita para recuperar la desnudez adulta con su búsqueda de la propia identidad.

En la tercera y última parte del espectáculo y mediante una seguriya cuyo autor es **Daniel Bonilla**, se produce su reencuentro definitivo con su lado masculino, siempre mirándose en el espejo protagonizado por José Manuel Álvarez. Es una delicia de danza que va creciendo a través de procesos vitales que conducen al reencuentro final con sus dos aspectos masculino y femenino. Los dos momentos en que él se desviste para que ella se vista con su ropa son clave. Luego ella se da cuenta de que ya no lo necesita, lo ha integrado. Ella ha culminado esa búsqueda y ahí se da cuenta de que ya no necesita el espejo encarnado por el bailaor. Cuando parece que pueden amarse, ella se va, completa, ¿feliz? Eso no se sabe, habría que preguntárselo a ella, cómo ha vivido esta fase, que según sus propias palabras, antes de suceder es impredecible. Una cosa es la estructura del espectáculo, otra lo que puede suceder en el alma de la protagonista durante su desarrollo. Lo que si está muy presente es la belleza con que se lleva a cabo.

También hay despedida del padre. Un abrigo de hombre ha estado presente por la escena y ahora ha llegado el momento de ponérselo, olerlo, acariciarlo y hacer mutis por el foro.

Los músicos y los elementos escenográficos han estado llenos de simbolismos. Los paneles de paja al fondo de la escena van y vienen. Pero el trabajo de los músicos, la guitarra acompañando en todos sus avatares, la percusión poniendo énfasis en momentos muy concretos de cambios y avances en sus procesos y con todos ellos el cantaor poniendo la voz que tiene que llegar al presente para que ella pueda resolver y aceptar su vida con esas canciones para el silencio.

Iluminación, sonido, música electrónica etc alcanzan un porcentaje muy importante en el éxito de una puesta en escena *state of the arts*.

<https://periodistas-es.com/sin-permiso-canciones-para-el-silencio-la-cumbre-de-ana-morales-110480>

## Sin permiso. Canciones para el silencio Antonio Morales, ¡presente!



Un momento de 'Sin permiso. Canciones para el silencio' de Ana Morales. / Víctor Rodríguez

[Rosalía Gómez](#) 29 Septiembre, 2018 - 00:38h

**Sin permiso. Canciones para el silencio.** Dirección artística y escénica: Guillermo Weickert y Ana Morales. Coreografía y baile: Ana Morales y José Manuel Álvarez. Cante: Juan José Amador. Guitarra: Juan Antonio Suárez Cano. Batería y música electrónica: Daniel Suárez. Colaboraciones: Michio Woirgart (música electrónica), Sabio Janiack (mutiinstrument contemporáneo) e Ivan Baucevic. Iluminación: Olga García A.a.i. Escenografía: Francisco Munzón. Vestuario: Pilar Cordero, López de Santos, Belén de la Quintana, Marcela, Cotelac. Lugar: Teatro Lope de Vega. Fecha: Viernes, 28 de septiembre. Aforo: Lleno.

*Sin permiso. Canciones para el silencio* es un espectáculo **íntimo** de una **delicadeza extraordinaria**. También frágil, como todo lo delicado, de modo que requiere una actitud activa, una apertura por parte del espectador: el deseo de mirar sin prisas y acompañar lo que sucede en el escenario.

También es el resultado de dos procesos. Por un lado el de maduración de **Ana Morales**, una bailaora extraordinaria a la que en los últimos años hemos visto crecer a pasos agigantados. **Los pasos perdidos** (2015) le sirvió para cerrar una etapa mientras que **Una mirada lenta**(2017) la situaba ya entre las grandes, ofreciéndole la seguridad suficiente como para afrontar cualquier proyecto con total libertad y conciencia.

Por otro lado está este proceso de búsqueda -pendiente desde que llegó a Sevilla con quince años desde su Barcelona natal- de sus raíces andaluzas, indagando en la vida de su padre, un hombre de vida dura que, con pocas palabras y muchos silencios, la introdujo en el mundo del flamenco.

Ahora que él, tan celoso de su intimidad, no está ya para impedirlo, Ana Morales ha hurgado hasta el fondo para completar ese hueco que sentía en la zona masculina de su historia y de su personalidad, y que nunca se había planteado hasta ese momento. Una indagación que ha desarrollado a lo largo un año y medio, en cuatro residencias con pequeñas presentaciones llevadas a cabo en distintos países. El tiempo suficiente para saber si quería y si podía compartir su historia personal con el público y si era capaz de convertirla en arte y expresarla a través de su lenguaje, que no es otro que el flamenco.

Así lo pensó y así lo ha hecho. Con la ayuda escénica de **Guillermo Weickert**, del magnífico bailar **José Manuel Álvarez** para mirarse en el espejo y reconocer (y aceptar) su parte masculina, de un **Juan José Amador** (la figura paternal) capaz de emocionarla y emocionarnos con una voz salida de las mismas entrañas, y de unos músicos excepcionales, ha desnudado su alma con una historia que cada espectador recibirá según su bagaje y su propia sensibilidad.

Además de bailar maravillosamente, Morales posee una presencia escénica que no se improvisa ya que procede de la experiencia, de la sinceridad de lo que cuenta y de las herramientas que posee para convertir su relato en arte y no en una mera exhibición de sus asuntos privados. Así, con un **tiempo dilatado**, difícil para los flamencos, vamos viendo su desconcierto inicial, la búsqueda de su otro yo con un difícil y hermoso dúo entre los bailaores, el encuentro con su padre mediante una impresionante serrana de Amador, su primera falda de lunares y sus primeras incursiones, por rumbas y sevillanas, en las peñas locales...

Fundamentales en todo el trabajo son también, junto a la música, su **vestuario** color carne, unos paneles de caña que velan pero no ocultan y una atrevida **iluminación** que, al quedar vacío el escenario, impide que la artista esconda ni un solo recoveco de su cuerpo, hecho de pura danza, y tampoco de su alma.

Al final, unidas sus dos mitades, no le queda más que recordar a ese padre en el olor de su viejo abrigo ya deshabitado.

[https://www.diariodesevilla.es/bienal\\_de\\_flamenco\\_2018/Antonio-Morales-presente\\_0\\_1286571332.html](https://www.diariodesevilla.es/bienal_de_flamenco_2018/Antonio-Morales-presente_0_1286571332.html)



## "Sin Permiso es un réquiem a mi padre"



Jueves, 27 de septiembre de 2018 - David Montes

"Ya he dejado de tener criterio" responde Ana Morales cuando le preguntamos acerca de lo que es 'Sin Permiso'. "Cuando llevas tanto tiempo en un proyecto, llega un momento en que necesitas tener gente de fuera que te vaya alimentando porque tú ya ves cosas que la gente de fuera no ve" sigue argumentando la artista catalana afincada en Sevilla desde los 15 años y que en el Teatro Lope de Vega va a estrenar un espectáculo que para ella "es un parto real" porque lleva "nueve meses gestándolo".

Si bien no ha llevado con el un "proceso diario pero está en la cabeza porque eso siempre está ahí", en esta obra la bailaora barcelonesa realiza "un réquiem a mi padre que nace nueve años después de haber fallecido y me apetece descubrir qué sucede con mi parte masculina". "¿Qué pasa detrás de esto?" se pregunta Ana Morales, una artista que viene de "una casa tremendamente matriarcal, con una madre con poder absoluto, un toro de Miura, y mi padre era el silencio más atroz, una persona muy especial, nacido en la posguerra, que no habla de su vida y que le mueve el flamenco que es lo que nos pone en casa, y es todo lo que a mi me llega, me llega a través de él, y de mi madre que también fue bailarina de danza española de pequeña".

Hoy su padre sería un hombre que tendría 77 años que vivía "conforme a una época donde era común ser una persona reservada y detrás de él no había vida porque no contó nada ni nos dejó entrar, sólo sabemos lo que él quiso contar y eso fue muy poco" y por ello, Ana Morales en 'Sin Permiso' tiene por objetivo conocer "qué hay de Morales" en ella gracias a unas memorias "que

un tío mío le dio a mi hermana y que él le prohibió que leyera y ella prometió que hasta que no falleciera no abriría el libro".

Llevar a la escena las sensaciones y descubrimientos sobre aspectos desconocidos, que recoge ese libro, es lo que ha tenido como base de trabajo desde principios de año una bailora que tiene "más raíces con Sevilla de las que en un principio pensaba". Residente en la capital andaluza desde los 15 años "cuando entré en el Ballet Flamenco de Andalucía bajo la dirección de José Antonio", se siente "tan sevillana que no tengo intención alguna de volver a Barcelona" y es ahora cuando descubre, gracias a estas memorias, que la familia de su padre "es de Cantillana y de La Puebla de Cazalla, que le decían 'los cantaores' y que eran aficionados al flamenco".

Descubrir ese mundo, el de un padre "que no he podido conectar con él porque no lo permitía" es lo que le lleva a plantearse el "mundo masculino que me rodea desde hace muchos años". Y para esa abstracción, donde el silencio es la principal materia de trabajo, el silencio que le "provocaba estar con mi padre, que era incómodo incluso" ha sido lo que ha llevado a las diferentes coreografías que componen 'Sin permiso'. Un espectáculo que tiene esta denominación "porque ahora entro en un lugar donde él nunca nos dejó pasar y donde primero tienes que entrar en tú mente, donde todo es abstracto y, de repente empiezan a pasar cosas" y que, para ella hablar de su padre, es hablar de "la relación con el hombre que él ha dejado en mí".

Ana Morales llega 18 años después de su debut profesional por primera vez al Teatro Lope de Vega como protagonista – ella considera el Teatro Central como su segunda casa- en un proceso de montaje en el que han colaborado los festivales de Dusseldorf, Jerez y Londres y cuenta con la dirección de Guillermo Weickert por su "manera de tratar las emociones que son personales y propias pero desde otro lugar" para un espectáculo "que no ha sido fácil dirigir porque lo ha tratado todo desde el interior".

Escortada por el también bailar José Manuel Álvarez, el cante de Juan José Amador, el toque de Canito y la percusión de Daniel Suárez, la bailaora catalano-andaluza pondrá en escena un espectáculo de "una artista de hoy en un arte que evoluciona como es el flamenco y que va a rendir un homenaje a mi padre y a Sevilla" en un teatro que no podía ser otro que el Teatro de Sevilla, el Teatro Lope de Vega

<https://www.masjerez.com/noticia/58138/sin-permiso-es-un-requiem-mi-padre>

XX BIENAL DE FLAMENCO DE SEVILLA · Cía Ana Morales

## De la creatividad a la innovación



La bailaora Ana Morales en un momento del estreno de 'Sin permiso' en el Teatro Lope de Vega.

Manuel Martín Martín 29 sep. 2018

- Ana Morales rinde homenaje a la memoria del padre fallecido y a la familia que descubrió en Sevilla
- Acierta al utilizar la técnica no para ahogar la capacidad de transmisión, sino para estimularla

De padre sevillano y madre melillense, la barcelonesa Ana Morales -criada en Villafranca del Penedés- lleva entre nosotros desde 1997, y después de casi una veintena de años consolidando su técnica envidiable y su ímpetu estético, tan sobrado de recursos, vuelve a la Bienal para bailar lo que las palabras no dijeron, pero pensando cosas nuevas desde la creatividad y haciendo otras tantas desde la innovación.

Así se ha presentado Morales, 'Sin permiso (Canciones para el silencio)', y como primera artista de una propuesta colectiva que, a iniciativa del Proyecto Residencia, ha sido perfeccionada, al parecer, en cinco espacios -London Flamenco Festival, XXII Festival de Jerez, Tanzhaus Dusseldorf, Festival de Almería y Festival Flamenco de Madrid-, en donde fue actualizándose mientras interactuaba con el público, y que ha visto la luz ya completa en la Bienal de Sevilla.

Articulada en tres bloques, la obra arranca con un homenaje a la memoria del padre, fallecido hace más de nueve años, y a la familia que descubrió en Sevilla. Es un viaje a la infancia y sobre todo, al progenitor que le hizo amar el flamenco, un hombre cargado

de silencios pero al que ha llegado a conocer leyendo la biografía que escribió un hermano suyo, donde se detectan hasta los sufrimientos de la postguerra.

Este salpicado de referencias que subyace en toda la obra es ajeno al flamenco y bastante abstruso, con máscara incluida, para asomar después lejanos rumores de soleá ante el abrigo del padre y la posterior petenera tras la llamada de la guitarra mientras baila abrazada a la bata de cola, concluyendo con un soberbio paso a dos con José Manuel Álvarez.

En el segundo bloque sale Juan José Amador acompañándose a la guitarra al que le escuchamos la malagueña de Manuel Torre con la serrana de Pepe de la Matrona y el cierre de María Borrigo, todo al servicio de un monólogo de baile que aún no acaba de entenderse aunque con gran despliegue de imaginación, elegancia y sentido teatral, aparte de contar con hermosos fraseos y escritura danzada, tal que las bulerías de Álvarez jugando al fútbol con la falda que ha de servir a Morales para lucirse en la sevillana de El Pali o la rumba, todo con la música que cabalga entre la electrónica y el flamenco.

Y es que el montaje encuentra en el imaginativo de Ana Morales grandes momentos que contrastan con el aporte de José Manuel Álvarez, soluciones inteligentes, adecuadas y precisas aunque de difícil comprensión para el espectador, pero logrando entre ambos una sucesión de imágenes cuya dinámica es al menos atractiva.

Sería la seguriya del tercer bloque, donde Ana, ataviada con la chaqueta y el pantalón de Álvarez, nos deja atónitos sentando cátedra y enarbolando flamenquería del mayor rango a fin de alcanzar el cénit de una obra que concluye con el tema 'Luz de Luna', de Javier Solís, y con el abrigo del padre en el recuerdo.

'Sin permiso' es un montaje en el que la protagonista se presenta con un cuerpo muy trabajado con el movimiento y desde distintas disciplinas. Se muestra sólida y compacta, como una mariposa ilusionada, exhibiendo un buen sentido de unidad al momento de abordar las escenas de conjunto, y luce una técnica ajustada a los requerimientos de la coreografía, limpia y comprensible en su ejecución, con lo que logra un casi perfecto equilibrio entre el desarrollo de la obra y la teatralidad que la misma exige, tanto para la partitura musical como por la fina complicidad que mantiene con Álvarez.

Ítem más. Ana Morales tiene el acierto de que utiliza la técnica adquirida no para ahogar la capacidad de transmisión, sino para estimularla, de ahí que su "baile narrativo", el de detallar en cada una de las secuencias una historia sin necesidad de argumento, emocione en parte, pero controlando la emoción, evitando que ésta la controle a ella y transmitiéndola con intensidad, pero sin afectar a la solidez técnica que proyecta sobre la compañía.

'Sin permiso' es, pues, el arte como la última gota de la reflexión, de la expresión individual, de la libertad. Poco más de una hora de poderoso drama con epicentro en el corazón de una Ana Morales que, explotando todo su potencial referido al campo de la creatividad e innovación, ha dejado huella de su ingenio y su identidad. Y lo ha hecho sin violar las convenciones básicas del arte, con el uso de la imaginación, aportando una nueva realidad como alternativa a la indiferencia de lo muy trillado. Y eso es un factor clave para la Bienal de Flamenco.

<https://www.elmundo.es/andalucia/2018/09/29/5baf304746163f29408b457a.html>



## Bienal de Flamenco de Sevilla 2018 Ana Morales se redime

La bailaora presenta una obra intimista, «Sin permiso. Canciones para el silencio», con la codirección del coreógrafo Guillermo Weickert en el Teatro Lope de Vega de Sevilla

Marta Carrasco

Sevilla Actualizado: 28/09/2018 23:34h



Ana Morales - JUAN JOSÉ UBEDA

**Ana Morales** nació en Barcelona y se vino pronto para Sevilla. ¿De dónde se siente? De aquí de allí, la comprendo muy bien. Sus recuerdos sin embargo son andaluces, sus vivencias, sus aromas, y sobre todo, su baile. Dice que Andalucía formaba parte de su piel antes de que se diera cuenta, y que en su vida había un dolor, el de su padre, que transformaba su silencio en música, en flamenco y en una forma de entender la vida.

Ana Morales **ha querido sanar aquellos recuerdos**, intentar entender al hombre silencioso al que el flamenco hacía cambiar el semblante, y lo ha hecho en este espectáculo titulado «Sin permiso. Canciones para el silencio», una obra donde a veces se atisba el dolor y la redención.

Dividida en **tres bloques bien distintos**, comienza con una música electrónica, casi performática, detrás de la que se esconde una soleá, pero no se vislumbra. Ella está vestida con un maillot de color de su piel, y sobre éste se va poniendo un vestido tras otro, incluso utiliza la bata de cola a modo de mantón en un aéreo baile.



Petenera y dúo con el bailaor **José Manuel Alvarez** que le acompaña en esta aventura iniciática, o mejor dicho, vital. Uno y otro se van dando la réplica con la belleza de la danza flamenca, hecha desde la perspectiva más ortodoxa pero también desde la más transgresora.

El bloque segundo comienza con un **Juan José Amador** tocando la guitarra y cantando por serrana en bellísima estampa. Pero el grito se vuelve alegría por sevillanas, aquellas que se bailaban en su casa en las fiestas. canta Amador, y la fiesta se vuelve rumba. Como en muchas casas de los que sienten en andaluz y viven fuera de su tierra. Es la ausencia, la necesidad de arraigo.

«**De amores llora una rosa**», canta Juan José Amador, y baila Ana Morales. El baile le sale de las entrañas. Es una bailaora segura, de enorme braceo y gran zapateado, pero en esta obra ha sacrificado la estética más clásica para situarse en lo contemporáneo, y no importa el instrumento: la guitarra, la percusión o la voz.

Ha pasado el bloque de la alegría y vuelve la gravedad de esta historia. Por seguiriyas canta Juan José Amador, y se parte el alma de Ana Morales que baila casi con rabia. Amador, esa voz portentosa aflamenca **la ranchera de Javier Solís, «Luz de luna»**., «... desde que te fuiste no he tenido luz de luna», y Ana Morales se coloca un abrigo de caballero que simbólicamente ha estado colgado en una esquina del escenario. Pero aunque creíamos que ahí terminaba todo, la bailaora se dirige hacia el público, ataviada con el abrigo. Hace el ademán de fumar, y va de un lugar a otro del escenario, y en un momento dado, como si quisiera atrapar algo en el viento, mueve los brazos y atrapa la luz. Se acabó.

«Sin permiso. Canciones para el silencio» no ha llegado solo. El pasado año Ana Morales hizo una residencia en el **Sadler's Wells de Londres**. Allí trabajó junto a **Guillermo**

**Weickert y Sabio Janiak** en una amplia reflexión sobre la conciencia, que ha sido lo que finalmente ha conducido a este montaje. La obra tiene muchos aspectos contemporáneos, tanto en la danza como en la concepción performática de la puesta en escena, pero todo con una gran coherencia gracias a la dirección conjunta de **Weickert y Morales**, contemporáneo y flamenco.

Gran interpretación de José Manuel Álvarez en una coreografía nada fácil, y brillante la de Morales, que ha gestado en esta propuesta la más importante hasta ahora de su carrera.

El público en pie en el teatro Lope de Vega jalonó con aplausos el espectáculo que emocionó y asombró a partes iguales. **El baile flamenco busca otras músicas y otros lenguajes, pero** si se hace desde el conocimiento, el resultado siempre puede brillar.

Sin permiso. Canciones para el silencio. \*\*\*\*

Dirección artística y técnica: Ana Morales y Guillermo Weickert. Coreografía: Ana Morales y José Manuel Álvarez. Colaboración: David Coria. Baile: Ana Morales y José Manuel Álvarez. Cante: Juan José Amador. Guitarra: Antonio Suárez «Canito». Percusión: Daniel Suárez. Teatro Lope de Vega. Día: 28/.09.2018

[https://sevilla.abc.es/cultura/teatros/sevi-bienal-flamenco-sevilla-2018-morales-redime-201809282332\\_noticia.html](https://sevilla.abc.es/cultura/teatros/sevi-bienal-flamenco-sevilla-2018-morales-redime-201809282332_noticia.html)

## Ana Morales y el gozo de bailar sin permiso

- Tras varias residencias, el último trabajo de la intérprete y coreógrafa se presentará completo el próximo 28 de septiembre en el Teatro Lope de Vega



Ana Morales durante un ensayo de su nuevo espectáculo. / Belén Vargas

Rosalía Gómez

Sevilla, 07 Agosto, 2018 - 06:06h

"Quiero bailar desde lo que soy en este momento". Esta declaración de intenciones, tan clara y tan llena de escollos como eso de que "tenemos que vivir en el presente", dice mucho de la trayectoria personal y artística de **Ana Morales**. Que sabe bailar maravillosamente es algo que ha demostrado ya con creces desde que se vino con quince años, desde su Barcelona natal, con una beca para la Compañía Andaluza de Danza (hoy Ballet Flamenco de Andalucía). Lo ha hecho bailando en compañías como las de Javier Latorre (*Triana, el nombre de la rosa*) **Andrés Marín** (*Asimetrías*) o Javier Barón (*Meridiana*) y, sobre todo, para el BFA, bajo las direcciones de José Antonio y de Rafaela Carrasco.

Fue sobre todo en los últimos años como solista del BFA, con la confianza plena de volcó en ella la directora -"que me ayudó muchísimo a madurar y a confiar en mí misma", afirma-, cuando empezó una carrera en solitario que la ha traído hasta aquí.

En el **Festival de Jerez** de 2010, estrenó con su nombre *De sandalia a tacón* para demostrar la variedad de sus conocimientos dancísticos, y con su compañía, en la Bienal



de 2012, *Reciclarte*, un original montaje con el que intentaba encontrar un hueco en el panorama flamenco. Pero Morales, para quien el crecimiento artístico ha ido ligado siempre al crecimiento personal, dejaría pronto las influencias externas y en *Los pasos perdidos*, estrenado en 'Septiembre es flamenco' (2015), mostraba ya su plena madurez. A éste le seguiría el pasado año *Una mirada lenta*, un aplaudido trabajo que, además de situarla entre las más grandes bailaoras de su generación, le permitió jugar con la improvisación y le proporcionó la libertad y el poso necesarios para afrontar este *Sin permiso (Canciones para el silencio)*, que verá la luz en la Bienal, el próximo 28 de septiembre.

El espectáculo, que ha tenido una larga y particular gestación, según la bailaora "nació hace un año y medio a partir de una necesidad mía de conocer la parte masculina de mi familia. Mi padre fue el que me llevó a amar el flamenco. De pequeña me hacía escuchar a la Paquera, a Fernanda y Bernarda, a **El Cabrero**..., incluso me llevaba a bailar cuando cantaba como aficionado en alguna peña local. Pero a nivel personal era un hombre muy poco comunicativo, lleno de silencios, y ahora, casi diez años después de su muerte, yo sentía que debía ahondar en esa parte masculina de mi infancia para entenderme mejor y poder seguir creciendo como persona y como artista. Gracias a una biografía escrita por un hermano suyo, hoy sé que mi padre nació en Sevilla -donde yo me he encontrado como en casa desde el momento en que llegué-, y que tuvo una infancia terrible en aquellos años duros de la posguerra. Nunca quiso volver a esta ciudad ni que hurgáramos en su pasado. Justo lo contrario de lo que yo hago ahora, *sin su permiso* porque eso me está haciendo bailar mucho más en la tierra, en mis raíces; y quiero bailar desde lo que soy hoy".

"Yo no pretendo transgredir nada, sólo expresarme libremente y que la gente entienda mi proceso artístico"

Por lo que ella llama un "cúmulo de casualidades", éste ha sido un proyecto destinado a desarrollarse, por etapas o residencias, en varios festivales: Londres, Jerez, Dusseldorf, Madrid y Almería (aunque en estos dos últimos no se pudo realizar la residencia por motivos económicos). Así ha ido creciendo paso a paso hasta llegar completo a la Bienal de Sevilla.

En tan singular aventura ha contado con la colaboración del actor-bailarín y director de escena **Guillermo Weickert** quien, además de en lo teatral, "me ha ayudado nada menos que a desbloquear una parte de mi mente, a dejarme llevar sin estar pendiente de lo que vaya a pensar el público. En Londres, también Ivan Bavecic me ayudó a tomar conciencia dentro de la creación, a estar presente en ella", afirma Morales. A su lado están también sus colaboradores de siempre, como el bailar **David Coria**, en cuyos espectáculos (*Espiral* o *El encuentro*) ha tenido siempre un espacio importante, o la iluminadora Olga García, que será la encargada de sacar de las sombras el cúmulo de emociones que componen *Sin permiso*...

Sobre el escenario, la bailaora ha contado con cuatro hombres (aunque no descarta todavía alguna presencia femenina) de gran personalidad: **Juan José Amador** (cante), Juan Antonio Suárez "Cano" (guitarra), Daniel Suárez (percusión) y José Manuel Álvarez (baile). Según Morales, "todos ellos tienen una personalidad artística arrolladora, pero además son especiales en lo personal y me permiten dialogar en libertad con cada uno, especialmente con Juan José Amador en quien, de alguna manera, encuentro a mi padre, o con el versátil bailar José Manuel Álvarez, en el que veo reflejada mi parte masculina".

"En cualquier caso -dice la artista-, éste es un espectáculo con una estructura sencilla, en cuatro partes, muy rico musicalmente y muy flamenco ya que, aunque intento desprenderme de mis condicionamientos y expresarme libremente, no quiero transgredir nada, sólo que la gente entienda el proceso en el que me encuentro como bailaora y lo que mi baile puede aportarle al flamenco actual". Nada más y nada menos.

## Con permiso... y sin el

4/10/2018 David Montes

La Bienal no acaba con el último espectáculo. No. Ni mucho menos. Ni siquiera con la presentación del balance. Ese texto que dicen que todos son muy buenos y muy guapos. No. Acaba con el último punto y final de nuestra mente. Ese que no pones en el papel sino el que pones tú cabeza. Ese que hasta ahora no ha querido salir. Ese que hoy están leyendo ustedes con estas letras. Estas que sí que ponen en Flamencomania clausura a 24 días incesantes. Estas que comienzan con una disculpa. Quien tiene que saberlo lo conoce. No hace falta dar mas señas.

Dicen que la felicidad, en muchas ocasiones, radica en el desconocimiento y, precisamente lo contrario, me provocó hace ahora casi una semana que perdiera la perspectiva. La del espectador. La del público. La del que se sienta en la butaca. Ese. El que hace posible que el mundo del arte pueda seguir girando. Ese. Si. El que vió como Ana Morales le rendía un magnífico requiem a su padre. Si. En el Lope de Vega. Con permiso. Y sin el.

No hace mucho escribía que no se vive como se baila sino que se baila como se vive. Y como ella vivió y sintió descubrir lo de Morales que tiene Ana fue lo que se plasmó en el escenario. Nueve meses de trabajo. Un embarazo. Un alumbramiento en formato de estreno. Este año en la Bienal muchos corrían para ser los primeros y ella llegó la casi de las últimas al espacio escénico. Como llegó a su familia. La menor. La chica. Con sus ventajas. Y también sus inconvenientes.

Complejo era el objetivo. Complejo era el encuentro. Con su padre y con el público. ¿Cómo era su padre? ¿Quién era el señor Morales? Esas son las preguntas que nos responde Ana Morales en este espectáculo en el que busca, a través de su danza, sus orígenes, sus miedos, sus temores y sus afectos. Un encuentro que sólo ella conoce y que tiene como misión hacer al respetable participe a través de unas confidencias abiertas al público. Ese que es el motivo de que ella esté sobre un escenario rindiéndole homenaje a su ancestro desde la abstracción del recuerdo hasta el sentimiento más intrínseco y personal. Como si bailara encarnada en otro cuerpo.

Todo ello se desarrolla en tres episodios diferenciados unos de otros. Como diferenciadas son sus creaciones desde perspectivas dancísticas siempre de la mano del flamenco. Unas veces más vanguardista y otras menos. Unas veces más ortodoxa y otras menos. Unas veces más identificable y otras mas lejana a los tradicionales conceptos pero siempre con la base marcada con el ritmo y el marchamo percetivo de lo jondo que salía de las manos de Daniel Suárez.

Sus conceptos dancísticos tienen un sello y estilo propio. Da igual que la inviten a comer naranjas o que baile enfundada en neopreno. En bata de cola o en un traje viejo. Suyo o de otro. Con vuelta y media para no besar el suelo. Hay movimientos que se reconocen

hasta en un fotograma. Su baile es tan inconfundible como el cante que la arropaba. Enorme Juan José Amador. Y enorme Cano en la sonanta. Especialmente en la petenera y la seguriya la señorita Morales sacó lo mejor de Ana. Y en el paso a dos ‘acompañado’ con José Manuel Álvarez, Morales la dejó ser Ana.

Exhalando el humo del imaginario cigarro. Recogiendo la hipotética tanza de la caña. Escuchando el cante más solitario. El que rompe el alma. El de Juan José Amador. Por malagueñas, con su guitarra. Encontrar a quien me quisiera decía la letra. Y a Morales le puso por delante la vida a Moreno. Apellidos catalán de andaluz recuerdo. Ese apellido que se baila por sevillanas. Que adora la rumba. Y que con la Luz de la Luna aflora el alma que sólo un abrigo es capaz de sosegarla. Qué fácil parece enseñar el camino. Qué difícil es describir ante la mirada.

El recuerdo. El que dicen que sólo deja lo bueno. Ese que hace que los ojos cerrados sean el mejor de los momentos. Ese que nos trajo un réquiem. Ese que nos trajo un estreno. Por primera vez a una Ana más Morales que Moreno. Llegan una semana tarde estas letras. Qué más da si quien quiera refrendarlas el mejor consejo es que si puede vaya a verlo. Con permiso o sin permiso. Siempre será su baile la mejor manera de mantener su memoria y su recuerdo. Las personas mueren cuando caen el olvido. Hace una semana el Teatro Lope de Vega hizo de puerta hacia otra dimensión donde lo humano fue más etéreo y lo etéreo un poquito más nuestro.

**Ficha Técnica:**

Espectáculo: Sin permiso (Canciones para el silencio) – Artista: Compañía de Ana Morales – Lugar: Teatro Lope de Vega – Bienal de Flamenco de Sevilla – Fecha: 28 de septiembre de 2018 – Baile: Ana Morales y José Manuel Álvarez – Cante: Juan José Amador – Guitarra: Juan Antonio Suárez ‘Canito’ – Percusión: Daniel Suárez.

<https://www.masjerez.com/noticia/58211/con-permiso-sin-el>



